



# C·III





## Capítulo III

# Libertad<sup>3</sup>

### Riesgo biológico - Mordeduras

Esta es la historia de un ser maravilloso, de esos que te dejan solo amor en el corazón, aquellos que le dan libertad a tu alma. Martín caminaba con prisa rumbo a la escuela; era lunes y estaba soleado en San Miguel de los Alcázares. Desde la colina, por donde él iba apresuradamente, se veía la costa repleta de barcos en el puerto y a mucha gente iniciando sus labores diarias. En el último mes, era habitual que llegara tarde debido a que su mamá, quien todos los días lo ayudaba a prepararse para ir a estudiar, no estaba con él: Papito Dios la había llamado al cielo.

A sus 9 años, Martín se estaba acostumbrando a hacer las cosas sin la ayuda de su adorada mamá. Cada día hacía su mejor esfuerzo; sin embargo, despertarse en las mañanas era lo más difícil. Víctor, su padre, debía insistirle mucho antes de lograr que Martín se levantara de la cama. Una vez se ponía en pie, todo era caos: debía ducharse, vestirse y desayunar a toda prisa, lo que le generaba mal humor, y su ánimo se mantenía así hasta el recreo, ya que era ese momento cuando Martín volvía a ser feliz.

Esa mañana calurosa, al pasar por la plaza de mercado rumbo a su escuela, Martín se vio obligado a detenerse de golpe, pues en su camino se interpuso una manada de perros que peleaban furiosos por un enorme hueso que algún carnicero del lugar les arrojó, más con el propósito de alejarlos de su local que de alimentarlos. Esto hizo que Martín se sintiera un poco asustado y estresado, ya que a él no le gustaban los perros.

---

3. Cuento resultado del trabajo del grupo de investigación Calidad de Vida, Salud y Seguridad Laboral del Politécnico Grancolombiano con su proyecto: *Prevención de riesgos laborales en ambientes de trabajo y sus complejidades en las ciencias del trabajo para trabajadores y futuros trabajadores*; código IA2024\_CVSSL\_PEC\_06-87418.

Nunca había tenido mascotas debido a sus alergias, que, según la información suministrada por sus padres, habían sido causadas por un perro que había en casa cuando Martín nació y debieron dar en adopción unos meses después de su llegada. En San Miguel de los Alcázares habitaban muchos perros en la calle, sin dueño, sin cuidados médicos, sin comida ni agua.

Martín ahora sin miedo, pero con prisa, se abrió camino entre los perros, propinándoles algunos golpes para separarlos.

—¡Quítate! ¡Huch, quítate! —dijo Martín.

Al recibir esta agresión, uno de los perros reaccionó mordiéndole la canilla derecha. Martín, muy asustado, se adelantó corriendo unos metros para protegerse y, desde allí, miró hacia atrás. Vio un perro de color blanco alejado de la manada furiosa, que lo miraba fijamente con ojos tristes, como si se sintiera avergonzado por haberlo mordido. Martín, con un poco nervios, sintió desprecio contra aquel perro triste, sin imaginar que aquel animal pronto se llamaría Matilda y que cambiaría su vida de una forma inesperada. Martín nunca le contó a nadie lo que acababa de pasar, ya que pensó que la situación no era para alarmarse y no veía algún riesgo frente al tema.

Dos semanas después, caía una lluvia torrencial. Martín, entre nostálgico y complacido, veía a través de su ventana. Del otro lado de la calle estaba la misma perrita, mojada y con frío debajo del techo de la casa del vecino, intentando protegerse de la lluvia. Mirándola detenidamente, pudo reconocerle rasgos que aquel día del ataque no había percibido. Corrió hacia donde estaba ella y observó que se encontraba muy nerviosa. Estaba decaída, lo que generó en Martín angustia e inseguridad, pues en el colegio había escuchado hablar de enfermedades de los animales, entre ellos los perros, con síntomas similares. Sin embargo, conmovido, se llevó el animalito a casa.

Víctor, el padre de Martín, quien era un hombre amable y trabajador, regresaba de la oficina a su casa, cuando notó la presencia de la perrita.



Ilustración: José Mauricio Durán Guerrero

Estaba muy mojada y también temblando de frío, en la puerta de su casa. Al acercarse a ella con compasión, notó en su mirada que no estaba bien. Le tocó las orejas, y ella respondió moviendo su cola muy lentamente. Víctor pensó:

—Supongo que debo hacer algo por ti.

Ya en su casa, buscó una vieja correa con la que amarró a la perrita para entrarla, darle comida y así poder secarla con una toalla para más tarde resguardarla en el patio interior. Siendo de noche, Víctor se durmió pensando que al otro día no sabría cómo contarle la situación a su hijo, quien no sentía cariño por ningún animal.

Antes del amanecer, Víctor notó que Martín entraba en su cama y se dio cuenta de que esa visita se debía a la alta temperatura del niño y su visible malestar. En ese momento el padre muy preocupado le dijo:

—¡Debo llevarte al hospital lo más pronto posible!

Víctor, pasó todo el día en el hospital pendiente de la salud de su hijo, sin tener ninguna respuesta de los médicos que lo estaban atendiendo. Ya entraba la noche, recordó que en casa había quedado aquella peludita de la calle que él había resguardado, entonces, hizo unas llamadas, dejó a Martín en compañía y salió en búsqueda de su huésped.

Al regresar a casa, Víctor vio que Matilda estaba muy débil y deshidratada, aunque era una perra joven, se veía bastante cansada, por lo que presintió que algo no estaba bien con ella. A pesar de la situación que estaba viviendo con su hijo, no la dejaría sin atención y la llevó al consultorio de su hermano, quien era veterinario, y ahí la dejó a su cuidado para regresar al hospital.

Siendo las once de la noche, el médico que estaba atendiendo a Martín, le dijo a Víctor:

—Su hijo presenta Rabia, un virus que se contagia a través de la mordedura de un animal infectado.

A lo que Víctor le respondió:

—¿Cómo es esto posible si Martín no tiene contacto con ningún animal por su alergia? ¿Qué pudo haber ocurrido?

Por otro lado, su hermano Miguel, el veterinario, ya sabía qué tenía Matilda. También, que el animal se encontraba en un estado crítico y lo más probable era que no sobreviviera, pero él seguía intentando salvarle la vida. Para Víctor todo era muy confuso: su hijo y aquella perrita proveniente de la calle pasaban por lo mismo. Era algo extraño, y se sentía triste y desconcertado.

En San Miguel de los Alcázares no existían programas o políticas públicas claras y contundentes para proteger a los animales que habitaban la calle, así como tampoco iniciativas para esterilizarlos; no había promoción de adopciones responsables, mucho menos esquemas de vacunación. Estas falencias hacían que los animales en condición de calle se vieran expuestos al virus de la rabia, pudiendo contagiar a las personas y a otros animales, generando consecuencias importantes.

Martín, quien seguía en el hospital con su estado de conciencia alterado, delirante escuchó a lo lejos unos ladridos y pensó:

—¡Es Matilda!

Luego, vio a la perrita junto a su madre (quien había fallecido), y recordando la conexión inexplicable que tuvo con Matilda, supo que algo no estaba bien. Se puso a llorar y a gritar.

Víctor llegó al hospital pasado este momento, cuando su hijo estaba mejor. La enfermera le comentó que el niño en sus delirios llamaba a alguien de nombre Matilda. Conmocionado al verlo despierto, lo abrazó, tranquilo,

al saber que la situación iba poco a poco mejor. Víctor aprovechó ese momento para contarle a Martín lo vivido con aquella peludita que encontró en la puerta de la casa, mencionándole las lamentables condiciones en las que se encontraba.

Martín, sorprendido, le contó a su padre la historia vivida con Matilda, le dijo que estaban hablando del mismo animalito y que su mordida fue ocasionada por ella. Llorando desconsolado, abrazó a su padre y le pidió perdón por no haberle contado inmediatamente lo ocurrido, ya que pensó que no era una situación relevante, mucho menos que generara algún riesgo para ninguno de ellos. Y le dijo reflexivo:

—Papá, esta situación que pasó con la perrita me dejó grandes aprendizajes.

Pasaron los días y Miguel, ilusionado por la posible recuperación del animalito, les preguntó:

—Chicos, ¿qué nombre va a tener la perrita?

Mirándose cómplices, dijeron al unísono:

—¡Matilda!

Finalmente, la nueva integrante de la familia logró superar la enfermedad, salvándose de la rabia. Martín y su padre fueron muy felices con esa noticia.

El niño creció y se graduó como veterinario, cumpliendo así la promesa que hizo en el hospital de ayudar a todos los animales que lo requirieran. Ahora tiene un centro de bienestar animal, y el estado lo apoya, creando planes y programas enfocados en salud pública, cuidando no solamente de los animales sino también a las personas.

Desde el centro, Martín promueve diversas campañas relacionadas todas con la protección animal, donde habla de la adecuada alimentación

según la especie, cuidados médicos, tenencia responsable, promoción y prevención en el control de enfermedades. Uno de sus objetivos es enseñarle a la comunidad que, en su interacción con los diferentes animales, se pueden presentar riesgos de tipo biológico, como lo son las mordeduras. Una de las más frecuentes es la ocasionada por caninos, lo que genera un problema de salud pública, en el que lamentablemente la población infantil es una de las víctimas más recurrentes. En estas campañas, el Dr. Martín explica todos los escenarios dentro de un accidente causado por mordeduras de perros, abordando el riesgo biológico por infección en estos casos, además de las características que pueden tener este tipo de lesiones (heridas, laceraciones, etc.). También pone sobre la mesa el manejo de los antibióticos, antirrábicos y antitetánicos que deben suministrarse a las víctimas, brindando todas las recomendaciones pertinentes para un tratamiento adecuado. Él es un líder en la concientización de este problema, desde su origen con el abandono animal, hasta su tratamiento individual y médico, contribuyendo así con la formación de las personas y minimizando riesgos ocasionados por este tipo de escenarios.



**Ilustración:** José Mauricio Durán Guerrero